

contra los cinco reyes, como faltara tiempo para recoger los frutos de la victoria, el caudillo pronunció aquellas palabras famosas, con las cuales pedía la prolongación del día. El suceso se cuenta intercalando una estrofa de un canto antiguo, sacado del Libro del Yashar, colección de canciones nacionales yahweístas, en la cual se hace exclamar a Josué, entusiasmado por la victoria:

*¡Sol, detente sobre Gabaón!
¡Y tú, luna, sobre el valle de Ayyalón!
Y se paró el sol y la luna se detuvo
hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos.*

El narrador añade a guisa de comentario: «Y se quedó el sol en la mitad del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero; y no hubo un día como aquel ni antes ni después».

Este episodio fué manejado muchas veces en el siglo XVI contra las teorías de Copérnico y lanzado como un argumento definitivo en las discusiones provocadas por las doctrinas de Galileo. Entonces los comentaristas le entendían en sentido obvio y literal, y no debe extrañarnos que en aquel proceso famoso, iniciado contra el gran astrónomo del Renacimiento, defendiese la interpretación propia, ya que aún no se había llegado a demostrar la falsedad de las opiniones tradicionales de Tolomeo.

Los eruditos modernos, incluso en el campo católico, se esfuerzan por interpretar este pasaje de una manera menos rigurosa. Para unos, en él se expresaría, de una manera poética, el deseo de que se prolongue el día o bien se afirmaría metafóricamente que los astros se detuvieron maravillados ante la grandeza de la victoria. Hay quien supone que al comenzar la batalla, las nubes cubrían el cielo, produciendo tal oscuridad que parecía como si se echase encima la noche. El ruego

del caudillo habría hecho que a las tinieblas sucediese la terrible granizada de que nos habla el texto bíblico, volviendo de nuevo a aparecer el sol. Según ciertos intérpretes, el milagro habría consistido en que, cuando los israelitas estaban extenuados por la lucha, las nubes, con la granizada consiguiente, habrían venido en su ayuda, contribuyendo al aniquilamiento de los enemigos. Todos convienen en que, contra lo que creían los antiguos exégetas, no hubo verdadera perturbación astronómica.

EL HAREM

Muchos se escandalizan de los horrores que se cuentan y ensalzan en las páginas de este libro. Existía una orden terrible de Moisés: la desaparición de las poblaciones cananeas. Los hebreos la cumplieron metódicamente cuando encontraron resistencia. Cuando hubo ciudades que aceptaron la incorporación pacífica al pueblo de Israel, como Gabaón, se portaron generosamente e hicieron honor a su palabra. De lo contrario llegaron hasta el exterminio de la población: hombres, mujeres y niños, y muchas veces decretaron el arrasamiento de las fortalezas. Eran unos nómadas rapaces y asesinos, dicen ciertos historiadores modernos; pasaron derramando un río de sangre inocente; cometieron crímenes horribles e inútiles. Es injusto acusar de todo esto a los israelitas y ridículo explotar estas acusaciones contra la Revelación. Sólo la ignorancia o el sectarismo podrían olvidar hasta ese punto lo que era el derecho de guerra de aquellos tiempos y de otros tiempos más cercanos a nosotros. Acordémonos de la entrada de los musulmanes en España y de las campañas de Alfonso I en las llanuras leonesas y castellanas. Es una realidad que los israelitas hubieran sido tratados de la misma